

LÓPEZ VELARDE,
APOLOGISTA ESTÉTICO Y CLASICISTA*

Tarsicio HERRERA ZAPIÉN

Si dejamos lo moral y pasamos al concepto dogmático de la religión, encontramos a un López Velarde del todo ortodoxo.

En su crónica sobre el cuadro *El cofrade de san Miguel*, anota Ramón que al autor de éste, Saturnino Herrán, le ha hablado sobre su propia “resistencia a los crucifijos del populacho”, a “un Redentor víctima de todo, hasta de lo soez”.¹ Más adelante, sin embargo, en esa misma crónica de *El minuterero*, aclara: “Reverente y reverencial, adoro a un Cristo sin guardarropa, cuyo cuerpo bendecido irradia una dignidad limpia y traslúcida, como la de un nardo que hubiera padecido por la salvación de las rosas”.² Y aquí surge otro matiz: la devoción más lírica que teológica del vate de “La suave Patria”.

En López Velarde hay un constante conflicto entre los ideales religiosos y una personalidad insatisfecha en más de un sentido. En “Semana mayor” (1917) proclama: “Yo, en realidad, me considero un sacristán fallido”.³ Pero ello no le impide ser autor de algunas de las páginas más bellas cinceladas en torno del altar. Véase la prosa “La sonrisa de la piedra” (1916), su primera producción de prosista señorero:

Sobre la catedral cantada por Verhaeren –*la de Reims*– permanecerá la figura angélica –*bombardeada durante la Gran Guerra*–. [...] irá diciendo desde su hornacina: “Yo vivía la vida eminente del templo. [...] mi

* Leído en sesión ordinaria celebrada el 11 de mayo de 2000.

¹ Ramón LÓPEZ VELARDE, “El cofrade de san Miguel”, en *El minuterero*, en *Obras*, ed. de José Luis Martínez, México, FCE, 1971, p. 235.

Todas las citas de los ensayos y poemas de López Velarde provienen de la edición aquí señalada; en lo sucesivo, sólo se indicará la obra específica a la que pertenecen o el apartado donde el editor los ha recopilado, y el número de página.

² *Id.*

³ *Ibid.*, p. 255.

simpatía a la tierra era firme, y nunca pensé en abrir mis alas, cuando ascendía el concierto de las campanas, para ascender con él”.⁴

Y en “Dolorosa” (1913) proclama Ramón: “La señora prócer y la anciana hambrienta, [...] el niño del arroyo y el hijo del magnate, todos se arrodillan en una fraternidad efusiva ante el dolor de la Virgen”.⁵

Dos años más tarde, en “La última Navidad”, comenta López Velarde que ya pocos países siguen creyendo en el amor del Creador hacia sus creaturas y que existe “un personaje singular, que [...] se dirá superhombre, y que ese superhombre tendrá a Cristo por un reformador de mal gusto”.⁶ Esta apología de la fe es más sólida por su misma sobriedad, por su anuncio –en 1915– del “superhombre” escéptico que acabará sembrando la desolación en media Europa.

HUMANISMO MÁS HORACIANO QUE VIRGILIANO

Al lado de las evocaciones de su formación religiosa, Ramón gusta traer a cuento sus estudios humanísticos, en páginas memorables.

Así, un Día de Muertos, se acuerda nuestro vate de la vivencia horaciana:

*Pallida mors aequo pulsat pede pauperum tabernas
Regumque turres.*

(Pálida muerte pega con igual pie en las chozas de pobres
y en las torres de reyes.)

Odas I 4, 13-14

Y escribe entonces en su crónica “Necrópolis” (1912):

En la serenidad escueta de los panteones se comprende cómo jamás perderá su interés la sentencia horaciana sobre la condición igualitaria de

⁴ *Ibid.*, p. 257.

⁵ En *Don de febrero y otras crónicas*, p. 350.

⁶ *Ibid.*, p. 371.

la muerte. Todos caen bajo su guadaña y vienen a sumergirse aquí, en la misma niebla, y a pudrirse, sin distinciones, en el mismo barbecho.⁷

Luego, el celeberrimo tema del *Beatus ille* (*Épodos* 2, 1-4):

*Beatus ille qui procul negotiis,
ut prisca gens mortalium,
paterna rura bubus exercet suis
solutus omni faenore.*

(Feliz aquel que lejos de negocios,
cual raza mortal prístina,
paternos campos labra con bueyes propios,
libre de todo cálculo.)

López Velarde lo evoca así en su “Poema de vejez y amor” (ca. 1909):

Mi vida, enferma de fastidio, gusta
de irse a guarecer año por año
a la casa vetusta
de los nobles abuelos,
como a refugio en que en la paz divina
de las cosas de antaño [...] ⁸

En otro lugar (*Odas* I 31, 19-20), Horacio pide a Apolo “no llevar una vejez torpe ni carente de cítara” (*nec turpem senectam / degere nec cythara carentem*). Y Ramón, en “Los viejos verdes” (1916), lo evoca en estos términos:

Hace dos mil años, en una sociedad menos remilgada que la de hoy, con menos mostaza, y quizá con menos desventura, pedía Horacio a los dioses, en una de sus odas, que lo librasen de una vejez sin cítara. Y, en cualquier clima, ¿podrá haber una cítara no habiendo una mujer?⁹

⁷ *Ibid.*, p. 304.

⁸ En *La sangre devota*, p. 97.

⁹ En *Don de febrero...*, p. 409.

De modo similar, el tema horaciano de *Odas* III 1, 1: *Odi profanum vulgus et arceo* ('odio al vulgo profano y lo rechazo'), lo recuerda López Velarde en la poesía inicial de su libro *Zozobra*:

Mi espíritu es un paño de ánimas, un paño
[...]
hollado y roto por la grey astrosa.¹⁰

Una de las innumerables frases célebres de Horacio dice:

idemque
indignor quandoque bonus dormitat Homerus.

(Yo mismo
me indigno siempre que el buen Homero dormita.)

Arte poética 358-359

Ramón la recuerda al escribir su ensayo "El teatro confiado y perverso": "Gentes caritativas, que no faltan, explican *La ciudad* recordando que alguna vez dormita el buen Homero, según sentencia de un juez inmejorable".¹¹ Y el buen Ramón llevó a Horacio hasta sus prosas políticas: "Torpeza semejante de Madero, tan sesudo en otras cuestiones, sólo se explica por aquello que dijo Horacio, de que alguna vez duerme el buen Homero".¹²

López Velarde incluso se da el lujo de mostrarse en desacuerdo con el poeta venusino en dos ocasiones: la primera, en la reseña al libro de poesía de Pino Suárez, *Procelarias*,¹³ al discrepar con "el *mediocribus esse poetis* del padre Horacio"; la segunda, en su crónica "El momento poético español" (1917), al decir: "Y no porque yo siga a Horacio en su máxima sobre los poetas medianos".¹⁴

¹⁰ "Hoy como nunca...", en *Zozobra*, p. 127.

¹¹ En el apartado "Crítica literaria", p. 471; trátase aquí de una ácida crítica sobre la pieza teatral de don Jacinto Benavente, *La ciudad alegre y confiada*, escrita para el semanario *Vida Moderna* (27 de julio de 1916).

¹² "Madero" (ca. 1909), en el apartado "Periodismo político", p. 525.

¹³ En "Crítica...", p. 449.

¹⁴ *Ibid.*, p. 492.

Acaso la más bella referencia horaciana de López Velarde sea la que descubrí en “La suave Patria” (vv. 7-8):

Navegaré por las olas civiles
con remos que no pesan [...] ¹⁵

Yo la encuentro derivada del verso de las *Epístolas* I 1, 16:

Nunc agilis fio et mersor civilibus undis.

(Ya me hago ágil y me sumerjo en las olas civiles.)

Y nuestras referencias horacianas se cierran con la crónica de Ramón “A la muerte de Horacio”, publicada en *La Nación* el 18 de diciembre de 1912: “Horacio ha muerto, sin declamar una oda, sin un solo grito lírico. Ha muerto en el silencio de un discreto cirujano. Felicitamos a los Pisones. Y los Pisones son en este caso los alumnos del Instituto”. ¹⁶ Ya se ve que Ramón estaba haciendo una broma, pues él mismo aclara más abajo que de quien habla es del “doctor Uzeta”, a quien en una crónica previa había llamado “horaciano señor”, “tocayo del poeta latino”. ¹⁷

Mientras López Velarde hace referencia a no menos de ocho lugares célebres de Horacio, sólo le he encontrado una cita expresa de Virgilio además del interesante paralelo de contenido entre los hexámetros iniciales de la *Eneida* y el Proemio de “La suave patria”, señalado ya por don José Luis Martínez. ¹⁸ Mi hallazgo virgiliano en López Velarde es una referencia a *Eneida* I 405:

Et vera incessu patuit dea. [...]

(Y se mostró real diosa en su paso. [...])

¹⁵ En *El son del corazón*, p. 208.

¹⁶ En “Periodismo...”, p. 733. El aludido Instituto es el Instituto Científico de San Luis Potosí.

¹⁷ “Reformas educativas” (19 de noviembre de 1912), en “Periodismo...”, p. 714.

¹⁸ José Luis MARTÍNEZ, “Examen de Ramón López Velarde”, en R. LÓPEZ VELARDE, *Obras*, ed. cit., p. 28.

Pues así escribe Ramón: “Y al asistir a sus trancos funestos –*de la niña Worth*– y su aciago trote, medí el abismo que aparta a las densas hermosuras cotizables, de la Venus prístina, revelada en el hexámetro virgiliano en tres vocablos intraducibles, que yo traduciría: ‘La diosa se manifestó por su marcha’”.¹⁹

¹⁹ R. LÓPEZ VELARDE, “La fealdad conquistadora” (1917), en *Don de febrero...*, p. 437.